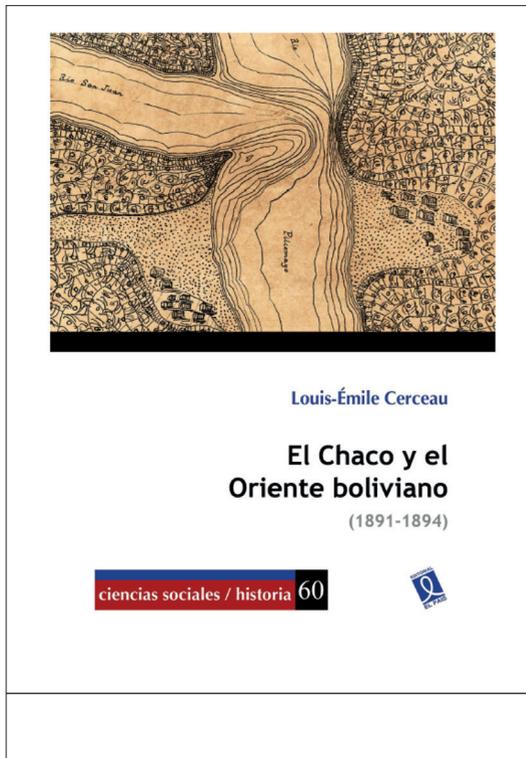




El Chaco y el Oriente Boliviano (1891-1894). Louis-Émile Cerceau.

Traducción y edición de Antoine Rousseau, Cecilia Martínez, Isabelle Combès y Rodrigo Montani
Ciencias Sociales / Historia 60, Editorial El País, Santa Cruz de la Sierra, 2024, 260 pp.

Reseñado por Marco Flamini¹



A veces, el azar nos reserva descubrimientos inesperados. A más de un siglo de haber sido escrito, *El Chaco y el Oriente Boliviano (1891-1894)* de Louis-Émile Cerceau emerge de la oscuridad de los archivos para ofrecer un testimonio novedoso y singular sobre el Chaco central argentino y el Oriente boliviano en los últimos años del siglo XIX. Su manuscrito, depositado sin mayores referencias en la Sociedad de Geografía de París, fue encontrado recientemente y sometido a un minucioso trabajo editorial que permitió reconstruir

su contexto y ponerlo, finalmente, al alcance del lector hispanohablante.

En sus páginas, Cerceau relata los viajes que realizó entre 1891 y 1894 por Argentina y Bolivia, desde el árido y hostil Chaco hasta las selvas exuberantes del Oriente boliviano (verdaderamente, los viajes por el “Oriente boliviano” que menciona Cerceau tan solo ocurrieron en el estado de Santa Cruz de la Sierra). No es un explorador comisionado por una institución científica ni un geógrafo meticuloso; su relato se inscribe más bien en la tradición de los viajeros aventureros, aquellos que buscan en lo desconocido la promesa de un destino extraordinario o el “paraíso terrenal”, antes que en la de los clásicos relatos de exploradores europeos como Giovanni Pelleschi o Hugh Weddell que poseen un corte más “científico” con pequeñas dosis de aventura. A lo largo de sus 198 páginas de relatos organizadas en siete capítulos -sin introducción ni conclusión en su versión original-, el texto sigue sus pasos por territorios poco cartografiados, con descripciones más bien románticas propias de un joven despreocupado que idealiza la naturaleza y la ve como un escenario virgen listo para ser conquistado.

Louis-Émile Cerceau nace en Varzy, Francia, el 3 de agosto de 1862 en el seno de una familia modesta. Aunque no se destaca como estudiante, los informes académicos dan cuenta de una persona muy inteligente que logra formarse en la *École Polytechnique* y luego, en 1884, ingresa en la *École d'Application de l'Artillerie et du Génie* de Fontainebleau. En 1886 decide abandonar la vida castrense; en algún momento se casa con una joven mujer de Fontainebleau y nuevamente aparece en los registros en el año 1887 trabajando para la compañía ferroviaria de París-Orleans. Pero su paso por la compañía tampoco fue duradero. En el año 1889, y sin motivos aparentes,

¹ Instituto de Antropología de Córdoba (IDACOR) - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Córdoba, Argentina. mflamini@mi.unc.edu.ar, ORCID ID: 0009-0000-4724-1029.



decide renunciar a su trabajo y dejar a su esposa para salir en una búsqueda personal y algo arriesgada en Sudamérica. Tras una breve estancia en Chile y Bolivia, aparece en Jujuy, Argentina, en 1891, con proyectos ferroviarios y exploraciones entre manos, aunque sin un rumbo del todo definido. Es en ese año cuando inicia el manuscrito de su viaje.

El texto lo muestra como un hombre que se debate entre el deseo de aventura y la búsqueda de oportunidades económicas, entre el placer de perderse en la inmensidad del monte y la necesidad de encontrar un propósito concreto en sus viajes. La primera parte del libro, centrada en el Chaco central, es la más marcada por la incertidumbre, la improvisación y la ansiedad por salir a la aventura. El entusiasmo del joven ingeniero se enfrenta rápidamente con la dureza del terreno y con los errores de cálculo que, por ejemplo, lo llevan a perderse durante semanas en medio de un paisaje inhóspito. En un episodio particularmente tragicómico, sigue el curso del río Bermejo convencido de que lo conducirá a la ciudad argentina de Corrientes, solo para descubrir, demasiado tarde, que ha terminado a orillas del río Pilcomayo luego de un largo y tortuoso recorrido que lo tiene al borde de la muerte. Sus descripciones de la región transmiten la sensación de un territorio impenetrable y dominado por un clima extremo, donde no son raros los encuentros con grupos indígenas que se muestran en ocasiones indiferentes y en otras hostiles ante la presencia del joven aventurero en sus territorios. Sin embargo, su relato deja entrever que el Chaco no es, en absoluto, un desierto virgen: misioneros, comerciantes, militares y ganaderos ya han transitado estas tierras antes que él, y la colonización avanza lentamente, impulsada por la industria azucarera y la expansión de las rutas comerciales.

Uno de los episodios más significativos de su viaje es su testimonio en primera persona sobre la rebelión chiriguana de 1892 en Kuruyuki, donde el profeta Apiaguaiqui Tumpa encabezó un levantamiento en armas contra el abuso de los criollos. Cerceau presencia el conflicto y lo describe con una mirada ambigua: por un lado, reconoce la injusticia de las condiciones de vida de los indígenas (“los tratan como ganado humano”, escribe el ingeniero); pero por otro lado, no cuestiona la necesidad y legitimidad de la colonización ni tampoco duda en sumarse a la milicia local y apoyar la represión (aunque prefiere no usar su arma para matar a quienes recientemente lo habían recibido muy bien en sus aldeas). El resultado

de las contiendas fue una derrota estrepitosa de los indígenas, que nunca pudieron organizarse a causa de sus divisiones internas; y todo acabó en una masacre a manos del ejército boliviano.

En general, la visión de Cerceau sobre los pueblos originarios no está exenta de los prejuicios y estereotipos característicos de la época: idealiza a los chiriguanos por su organización agrícola y su relativa integración al mundo criollo, mientras que menosprecia a los grupos nómadas del Chaco, a quienes describe como primitivos, ladrones e incapaces de ser civilizados. Incluso repite prejuicios sobre los pueblos andinos de Bolivia, o “coyas”, como los llama Cerceau, que no duda en calificarlos de tacaños, mentirosos y traicioneros. Incluso su relación con la población local sigue esta misma lógica jerárquica: aunque no elogia a las élites o a los inmigrantes europeos que encuentra en su camino, se relaciona con todos y son mencionados con nombre y apellido, mientras que los indígenas permanecen en el anonimato y son reducidos a estereotipos.

A medida que el relato avanza y se adentra en el “Oriente boliviano”, el tono cambia. El Cerceau aventurero da paso al Cerceau emprendedor, más preocupado por desarrollar proyectos de infraestructura y no dejar pasar buenas oportunidades económicas. En Santa Cruz, participa en expediciones auspiciadas por la prefectura y empresarios locales, explorando el río Yapacaní y buscando rutas para una posible línea ferroviaria. Sin embargo, su conocimiento del territorio sigue siendo limitado, y su visión del Oriente boliviano se construye más sobre mitos de la época que sobre datos concretos. Como muchos antes que él, cae en la fascinación por las historias de supuestos tesoros jesuíticos escondidos y minas de oro olvidadas, y sugiere que el potencial económico de la región ha sido desperdiciado por falta de iniciativa. En esta última etapa de su viaje, también se involucra en la exploración del río Paraguá en busca de árboles de goma, en un momento en que la fiebre del caucho empieza a transformar la economía de la región. Su relato permite vislumbrar la compleja red de intereses comerciales que se tejen en torno a este recurso, así como los conflictos entre empresarios que se disputan las concesiones y el acceso a los territorios gomeros.

Al final del manuscrito, Cerceau muestra una faceta colonialista y chovinista en línea con su búsqueda de emprendimientos redituables. Imagina un gran proyecto ferroviario que conecte Bolivia con Brasil, Argentina y Paraguay, pero que garantice el dominio francés sobre el comercio sudamericano por

sobre los intereses de otras potencias como Estados Unidos. Asimismo, su sueño de modernización y progreso encaja con las ambiciones de la élite cruceña de la época, que buscaba mejorar sus conexiones con el Atlántico, pero, como tantos otros proyectos similares, nunca llegó a concretarse.

El manuscrito finaliza con el arribo de Cerceau a Rosario, Argentina, debilitado a consecuencia del paludismo y con la sensación de haber dejado asuntos inconclusos. Escribió su texto con la esperanza de que fuera publicado por la Sociedad de Geografía de París, pero su relato no cumplía con los estándares científicos de la época. Por cierto, su trabajo presenta pocas informaciones biológicas, históricas o incluso geográficas, que además muchas veces tienen errores que son el fiel reflejo del desconocimiento que tenía sobre esas disciplinas (por ejemplo, confunde el árbol yuchán con el guayacán, comete muchas imprecisiones relatando la historia de los jesuitas en Santa Cruz, se pierde en la mayoría de sus recorridos). En definitiva, su texto resultaba demasiado personal, demasiado aventurero, demasiado errático en sus observaciones, por lo que terminó relegado a un archivo sin que obtuviera el reconocimiento de sus contemporáneos. Sin embargo, el trabajo posee informaciones, aunque dispersas y a veces imprecisas, de interés para la biología (observaciones sobre plantas con fines

económicos, datos etnobotánicos y etnozoológicos de las poblaciones locales), para la historia (relatos en primera persona sobre la masacre de Kuruyuki, la fiebre del oro o el “boom” gomero), para la etnografía (descripciones de un sistema de venganzas entre wichís, relaciones con chiriguano y tobas), y en general para los estudios americanistas.

La edición actual de *El Chaco y el Oriente Boliviano* no solo recupera un novedoso testimonio, sino que lo acompaña con un trabajo editorial riguroso que permite entenderlo en su contexto. Las notas al pie y los documentos anexos brindan información muy valiosa sobre los acontecimientos y personajes mencionados en el manuscrito, así como sobre las iniciativas de exploración y desarrollo en el Oriente boliviano en la época. Más allá de sus equívocos y prejuicios, el manuscrito de Cerceau es hoy una fuente tan fascinante como novedosa para entender la compleja interacción entre exploradores, comerciantes, misioneros e indígenas en un territorio y una época en constante transformación. Además, al tratarse de un texto de fácil lectura y estar bien contextualizado, también resulta accesible para el público en general interesado en la historia sudamericana.

Tras más de un siglo en la oscuridad, los sueños y desventuras de Cerceau finalmente encuentran hoy su lugar en la historia.